

Bernd Hausberger

**Paisanos, soldados y bandidos:  
la guerra entre los vicuñas y los vascongados  
en Potosí (1622-1625)**

La producción de plata en el Cerro Rico de Potosí, desde la organización que el virrey Francisco de Toledo le había dado a principios de los años setenta del siglo XVI, pasó por un auge sin precedentes y la Villa Imperial se convirtió en la ciudad de mayor riqueza en la América española. Pero en los años veinte del siglo XVII la minería potosina daba muestra de inequívocos síntomas de agotamiento. Se registró una baja de los volúmenes de producción, una disminución del número de los indios reclutados para el trabajo forzado a través de la mita, la mano de obra más barata, y al parecer una reducción sensible de la rentabilidad.<sup>1</sup> Por consiguiente, entre los empresarios españoles se intensificó la rivalidad por el control sobre la magnitud decreciente de la plata y sobre las cuotas de mitayos que cada empresario podía disponer. Para complicar aún más la situación llegó a Potosí, en agosto de 1618, el contador general de Lima, Alonso Martínez Pastrana, como visitador general de las reales cajas (Crespo R. <sup>3</sup>1975: 63). Su encargo consistía en acabar con los abusos en el cobro de los diferentes ramos fiscales y aumentar de esta suerte los ingresos de la Corona, en el momento en que la hegemonía española en Europa se veía desafiada por enemigos cada vez más potentes. Lógicamente, cualquier aumento de los ingresos fiscales debía ser a costa de los intereses locales. En la ciudad de México, esfuerzos similares llevaron a una insurrección y al derrocamiento del virrey marqués de Gelves en enero de 1624. En Potosí, las actividades del visitador irritaron la vida pública durante los cinco años de su presencia.<sup>2</sup>

---

1 Bakewell (1975: 93-95; 1984: 105-106); Cole (1985: 120); González Casasnovas (2000: 53-86).

2 Juan Gutiérrez Flores al rey, Lima, 2 de diciembre de 1627, AGI, Lima 276.

En estas circunstancias, en una madrugada de junio de 1622, el vasco Juan de Urbietta fue encontrado muerto enfrente de la casa de un paisano suyo, el minero Francisco de Oyanume. El tumulto provocado por este incidente dio inicio a un episodio de violencia que suele considerarse como un ataque emprendido por los castellanos al supuesto dominio de los vascos sobre las riquezas de Potosí. Entre los descontentos, en el transcurso de las luchas se perfiló el grupo de los llamados “vicuñas”, los cuales debían su nombre a los sombreros hechos de lana de vicuña que solían portar (Arzáns de Orsúa y Vela 1976 [ca. 1700], I: 332). Un siglo más tarde esta “guerra entre vicuñas y vascongados” fue relatada como una serie de contiendas gloriosas por el cronista Bartolomé de Arzáns, e historiadores posteriores han hecho de los vicuñas precursores de la lucha por la emancipación de América, integrándolos de esta forma al panteón de los héroes de las naciones independientes latinoamericanas. Como suele ser, la realidad era otra.

### **1. Los eventos**

La guerra de los vicuñas contra los vascongados empezó en 1622, y después de haber cobrado docenas de vidas, menguaría lentamente a partir de 1625. No fue un evento singular, sino un episodio más de una cadena de incidentes sangrientos que caracterizan la historia andina colonial. La brutalidad entre vicuñas y vascos fue producto y parte de una cultura de violencia que se había desarrollado en el virreinato del Perú durante la conquista y las sangrientas guerras civiles del siglo XVI, cuando los españoles emprendieron una encarnizada lucha por el control sobre el territorio andino, extremadamente rico en metales preciosos. Aunque la Corona impuso su ley formalmente a los conquistadores, encomenderos, inmigrantes aventureros y a los indígenas y sus jefes étnicos, no se logró la pacificación del país (Lorandi 2002). Por el lado de las autoridades reales persistió una desconfianza profunda, una obsesión por la amenaza perpetua de un levantamiento, y todo el tiempo se persiguieron conspiraciones, cuyos responsables se ejecutaron rigurosamente. Por el lado de los colonizadores, la derrota dejaba tras de sí a toda una clase de españoles con la amargura de habérseles arrebatado el premio a su esfuerzo –o al esfuerzo de sus padres y abuelos– en la conquista del país. Entre los frentes se movía

la gente lista que intentaba promover su fortuna denunciando a supuestos traidores, insistiendo en sus méritos adquiridos y en los peligros que habían corrido.

Un producto de la agitada historia del siglo XVI fue un grupo social denominado “soldados”, en reminiscencia a la sangrienta historia de guerras, cuando la gente disgregada se alistaba en los diferentes ejércitos. Eran españoles, en su mayoría, y algunos mestizos, mas todos con una fuerte presunción de su origen peninsular y sus méritos como conquistadores, con todo el código de honor heredado de la Edad Media, pero sin o con muy pocos bienes. Vagaban por el país, hostigaban a los indígenas y sobre todo se aglomeraban en los centros urbanos. En Potosí figuraban también como propietarios de minas, aunque nunca tenían parte en el beneficio del mineral monopolizado por los llamados azogueros. Eran el tipo de gente a quienes en 1611 se refirió el virrey marqués de Montesclaros cuando informaba de los muchos españoles enviados por los tesoros del Perú, que no hacían más que soñar del oro y la plata y del servicio de los indios.<sup>3</sup> Una relación anónima los describe así:

Y también hay pobres soberbios que ya que no pueden morder ladran, y siempre andan con la cabeza baja mirando donde pueden hacer presa, ni se quieren sujetar ni hay razón con ellos. A esta gente tal llaman soldados no porque lo sean, sino porque son bien andantes de unos lugares para otros, siempre con los naipes en las manos, por no perder ocasión de jugar con cuantos topan [...]. Son grandísimos fulleros que su cuidado no es otro más que entender en el arte de engañar. Esta gente es mucha la que anda por el Perú. Y todos por la mayor parte son enemigos de la gente rica y no desean sino novedades y alteraciones y alborotos en el Reino, por robar en *[sic]* y meter en los codos en los bienes de que no pueden alcanzar parte sino con guerra y disensiones. Es gente que no quieren servir. Todos andan bien vestidos, porque nunca les falta una negra o una india y algunas españolas, y no de las más pobres, que los visten y dan el sustento, porque de noche las acompañan y de día les sirven de bravos.<sup>4</sup>

Así, la vida nunca dejó de ser alborotada, tampoco en Potosí. “En ninguna parte del mundo se ven tantas conspiraciones a las justicias”,

---

3 El marqués de Montesclaros al rey, Lima, 3 de abril de 1611, AGI, Lima 36, libro 4, ff. 98r-101r.

4 *Descripción* (1958 [1615/20]: 69). Véanse también Guaman Poma de Ayala (1987 [1615], II: 558-561, Ramírez del Águila (1978 [1639]: 89-90), e Historia de huérfano, por Andrés de León, s.f. [1621], RAH, Col. Muñoz 9/4807, f. 197r.

dice un relación de 1621.<sup>5</sup> Entre ellas se pueden destacar las conjuraciones del licenciado Juan Díaz Ortiz y Gonzalo Luis de Cabrera, en 1599, y la del soldado Alonso Yáñez, en 1612, que fueron reprimidas y sus jefes terminaron ajusticiados.<sup>6</sup>

La guerra de los vicuñas contra los vascongados fue un conflicto más de una serie de eventos similares. Inicialmente se trataba sobre todo de tumultos, asaltos y asesinatos nocturnos. Los que lucharon en la calle eran en su mayoría soldados, pero contaban con abiertas simpatías y apoyos de parte de los miembros de la élite. La situación se radicalizó a partir de la llegada a Potosí, en junio de 1623, del nuevo corregidor Felipe Manrique, quien intentó pacificar la ciudad con mano dura, ordenando la salida de la gente sin oficio y amenazando con la pena de muerte a todos los que no obedecieran sólo a los que dieran hospedaje a alguno de los mencionados en su edicto.<sup>7</sup> Esta medida provocó el asalto a la casa del corregidor la noche del 5 de septiembre de 1623, poco después del atardecer, que dejó cinco muertos y a Manrique herido por varias balas.<sup>8</sup> Tal agresión contra el representante del rey resultó el momento crucial de la guerra y causó, al parecer, la división del movimiento antivasco. Algunos, sobre todo los acomodados, vieron como demasiado peligroso el rumbo que tomaban las cosas y poco a poco se retiraron del enfrentamiento abierto; otros, sobre todo los soldados reunidos en el bando de los vicuñas abandonaron la cautela entregándose a una temeridad cada vez más desenfrenada. Como veremos, las autoridades lograron profundizar esta fisura con una política bastante hábil.

Según un informe del 10 de marzo de 1624, la disputa había cobrado hasta el momento 64 muertos, además de los heridos y los robos en los poblados y por los caminos de la región, y esto cuando todavía

---

5 Historia de huérfano, por Andrés de León, s.f. [1621], RAH, Col. Muñoz 9/4807, f. 197r.

6 La Audiencia de Charcas al rey, La Plata, 9 de junio de 1599, AGI, Charcas 17, r. 10, n° 64; La Audiencia de la Plata al rey, La Plata, 24 de enero de 1613, AGI, Charcas 19, r. 3, n° 47. Véase también Ramírez del Águila (1978 [1639]: 136-138).

7 Edicto de Felipe Manrique, Potosí, 3 de agosto de 1623, ANB, VV 8; Crespo R. (1975: 94-95).

8 Felipe Manrique al rey, Potosí, 6 de septiembre 1623, ANB, CACH, 1623, n° 1274 (= VV 10).

faltaba bastante para que la violencia tocara a su fin.<sup>9</sup> Hubo hechos espectaculares, como el asesinato de Juan de Oquendo el 2 de febrero de 1624, en la parroquia del valle de Mataca, por una pandilla de 13 vicuñas,<sup>10</sup> o la muerte del alguacil mayor de la Audiencia de Charcas, Pedro Beltrán Oyón, a manos de un grupo de hombres liderados por Luis de Barja en octubre del mismo año. Los vicuñas sencillos, en la última fase del conflicto, no habiendo ganado nada y no teniendo nada que perder, pero con algo de forajidos románticos,<sup>11</sup> desafiaron al destino con fatalidad decidida. El 2 de noviembre de 1623 un grupo de ellos entró en la Villa Imperial y, frente a los ojos de la justicia, tres de los más afamados, Pedro Fernández del Castillo, Pedro Gallegos y Pedro Alonso, en sus caballos “pasaron la carrera como si anduvieran en fiesta” en una calle donde se solían hacer tales competencias.<sup>12</sup> Un poco más tarde, otro de los famosos vicuñas, Francisco de Castro, *el Galleguillo*, y algunos de sus secuaces se pasearon tranquilamente por la ciudad, resistieron a un intento de ser aprehendidos y después, en la cima de un cerro, hicieron gala de sus caballos y armas ante los ojos del impotente y furioso oidor Diego Muñoz de Cuéllar.<sup>13</sup>

Finalmente, la guerra se ahogó en una ola de ejecuciones. Sólo para abril de 1625 se habían ajusticiado 40 personas (Crespo R. <sup>3</sup>1975: 227). La rigurosidad con la que ahora se empezó a tomar el asunto se manifestó en un debate en la Audiencia de Charcas. Cuando se informó desde Potosí de la aprehensión de Luis de Barja, Jorge Manrique de Lara aconsejó que luego de habérsele dado la posibilidad de confesarse, el corregidor “sin más dilación le dé garrote dentro de la cárcel donde está”, y Diego Muñoz de Cuéllar fue del mismo parecer. Sólo Juan de Loayza Calderón se pronunció en favor de un juicio formal, pues “en cualquier delito, por grave que sea [...] ninguno pueda ser condenado sin ser oído, aunque sea notorio delincuente”. Pero a Manrique de Lara esto no le pareció más que un idealismo ingenuo:

---

9 Jorge Manrique de Lara al rey, La Plata, 10 de marzo de 1624, AGI, Charcas 53.

10 Diego Muñoz de Cuéllar a la Audiencia, Potosí, 4 de enero de 1624, ANB, CACH 1624, n° 1298 (= VV 60).

11 Compárese la descripción pintoresca que da Arzáns de Orsúa y Vela (1976 [ca. 1700], I: 332) de los vicuñas.

12 Diego Muñoz de Cuéllar a la Audiencia, Potosí, 3 de noviembre de 1623, ANB, CACH 1623, n° 1292bis (= VV 40).

13 Diego Muñoz de Cuéllar a la Audiencia, Potosí, 29 de noviembre de 1623, ANB, VV 53.

“[...] dijo que la doctrina del señor Juan es infalible cuando la tierra está quieta y la justicia con fuerzas para hacerla, pero no en el estado presente”.<sup>14</sup> Y así Luis de Barja fue degollado cuatro días después (Crespo R. <sup>3</sup>1975: 153).

Esto no significó el final de los vicuñas, quienes se dispersaron por el territorio. Hacia finales de 1626, se presentó un tal Luis de Ayala Lariz confidencialmente en la casa del oidor Jorge Manrique de Lara, “con la seguridad que se le dio respecto de la importancia del caso, de que no se procedería contra él por una muerte de que tiene pleito pendiente en esta real Audiencia”, para delatar a un grupo de vicuñas perseguidos por la justicia que se había refugiado en los valles de Cochabamba, y después “volvió llevando orden de procurar prenderlos o matarlos”.<sup>15</sup> En un momento fue sorprendido durmiendo por el fugitivo Pedro Gallegos, quien le puso la escopeta en el pecho para pegarle unos balazos por haber aceptado la comisión de capturarlo. Sin embargo, dejó con vida a su indefenso enemigo.<sup>16</sup> Así, el 22 de febrero de 1628 se cumplió el destino del rebelde proscrito:

[...] habiéndose quedado el dicho Luis de Ayala emboscado en una montaña de matas de monte [...] se arrojó de golpe en un ranchuelo donde estaba sentado el dicho Pedro Gallegos y habiéndole puesto la espada desnuda en los pechos le dijo con voz alta y acelerada: “¡date a la justicia, traidor!” y el dicho Pedro Gallegos dijo: “¡mentís!” y entonces el dicho Luis de Ayala le dio una estocada en los pechos de que lo atravesó y habiéndose aferrado de su escopeta el dicho Pedro Gallegos que la tenía junto a sí, le acudió el dicho Luis de Ayala con otra estocada diciendo a voces a este testigo y al dicho Moreno: “muera este traidor, ¿qué hacéis?” y este testigo le tiró al dicho Pedro Gallegos con una maceta de macetear azúcar que tenía en la mano a cuyo tiempo cayó en el suelo tendido boca abajo, diciendo: “traidores que me habéis muerto”, y el dicho Luis de Ayala mandó que no le llegasen y dentro de tres horas poco más o menos espiró el susodicho.<sup>17</sup>

Pedro Sayago del Hoyo, uno de los favorecedores acomodados de los vicuñas, que a principios de 1625 había ofrecido a las autoridades su colaboración, en octubre del mismo año abandonó Potosí yéndose

14 Acuerdo, La Plata, 15 de enero de 1625, ANB, AChLA 7, ff. 64r-68r (= VV 75).

15 Acuerdo, La Plata, 16 de noviembre de 1626, ANB, AChLA 7, ff. 126r-126v (= VV 87).

16 Declaración del licenciado Martín de Avendaño y Gamboa, Tiquiripaya, 23 de febrero de 1628, ANB, VV 92, ff. 1r-1v.

17 Declaración de Diego Domínguez, Tiquiripaya, 23 de febrero de 1628, ANB, VV 92, f. 2v.

hasta la Villa de Riobamba, en el distrito de la Audiencia de Quito, donde desempeñó el cargo de alguacil mayor, pero pronto le dio muerte el vizcaíno Nicolás de Laraspuro; y cuando éste consiguió el perdón real, se le presentó en Quito “una cuadrilla de llamados vicuñas de los de Potosí” con la intención de vengar al muerto.<sup>18</sup> En 1641, en Potosí, un visitador se proponía reinvestigar los disturbios, pero se topó con la oposición tanto de la Audiencia como del virrey, pues no querían volver a inquietar los ánimos.<sup>19</sup> Al año siguiente fue acuchillado uno de los diputados del gremio de los azogueros por algunos soldados en una peripecia “muy parecida a los disturbios pasados de los vicuñas”,<sup>20</sup> y de 1661 a 1668 en Laycacota, en Puno, ocurrió una revuelta similar, aunque todavía más brutal (Lorandi 2002: 171-176).

## 2. La lucha como conflicto étnico

Ha sido costumbre considerar el conflicto entre vascongados y vicuñas como una contienda étnica.<sup>21</sup> Se relata cómo en Potosí los vascos habían llegado a apropiarse del control político y económico, y cómo un grupo contrario se planteó poner fin a este predominio. Los enemigos de los vascongados no se pueden definir tan fácilmente por categorías étnicas, si no es por una negación, como se podría llamar al rechazo y al odio compartido contra un grupo étnico específico. Inicialmente solían ser señalados como castellanos, otros los identificaban con los extremeños (Serrano Mangas 1993) y, finalmente, los más decididos formaron la pandilla de los vicuñas, que fueron descritos como un conglomerado tanto de criollos que se vanagloriaban de su origen castellano aunque fueran mestizos, como de españoles de las diferentes partes de la Corona de Castilla. En su interior había faccio-

---

18 Acuerdo extraordinario, La Plata, 7 de enero de 1625, ANB, AChLA 7, ff. 60v-63r (= VV 76); Fletamento, Potosí, 10 de octubre de 1625, AHP, E. N. 63, ff. 3775r-3776v; Antonio de Morga al rey, Quito, 20 de abril de 1631, AGI, Quito, 11, r. 5, n° 108 (agradezco a Delphine Tempère por haberme dado la referencia de este documento).

19 Acuerdo, La Plata, 8 de octubre de 1641, ANB, AChLA 7, ff. 413v-415v (= VV 94).

20 Carta del gremio de azogueros de Potosí a la Audiencia, Potosí, 2 de diciembre de 1642, ANB, Minas 125, n° 1104, ff. 140r-141v.

21 Así por ejemplo Arzáns de Orsúa y Vela (1976 [ca. 1700], I-III); Crespo R. (1975); Mendoza L. (1953/54); Helmer (1960); Wolff (1970) o Bakewell (1988).

nes de andaluces, extremeños y manchegos,<sup>22</sup> y se encontraban también portugueses y extranjeros.<sup>23</sup>

El peso de las identidades regionales entre los españoles de Potosí a principios del siglo XVII es evidente. Uno de los primeros intentos decididos para poner fin a la violencia entre vicuñas y vascongados consistió en formar una compañía de 200 a 250 soldados que debían juntarse “de diferentes reinos y provincias [...], eligiendo de cada nación y reino un cabo, persona rica principal y de estimación entre los de su patria, los cuales nombren y elijan 25 soldados”. De hecho se acordó formar nueve destacamentos de andaluces, gallegos, extremeños, manchegos, de Castilla la Vieja, vascongados, criollos, portugueses y de los súbditos de la Corona de Aragón.<sup>24</sup> Este proyecto tuvo una corta vida, no obstante muestra la suma preocupación de mantener el equilibrio entre los diferentes grupos celosos entre sí de gozar cualquier –real o supuesta– ventaja.

En este ambiente, los vascos ocupaban una posición particular. A principios de la Edad Moderna desarrollaron una identidad étnica más allá de las simpatías regionales o locales (Hausberger, en prensa). La identidad vasca se fundaba sobre todo en la supuesta antigüedad de su linaje y de su idioma, en su limpieza de sangre y en sus fueros políticos, que conllevaban privilegios, entre otros la llamada “hidalguía general”. Este discurso se puede considerar como una respuesta al quebranto de las tradiciones que habían regido la vida hasta el momento, originado por la integración de las provincias vascas, antes un rincón más bien aislado, a la monarquía española (es decir a un Estado con fuertes tendencias centralizadoras y una espectacular expansión

22 Por ejemplo: Declaración del fray Ginés de Dueñas, Potosí, 9 de noviembre de 1623, ANB, CACH 1623, n° 1296<sup>d</sup>. (= VV 50).

23 “[...] todas las naciones de aquella villa (digo de los perdidos de ellas) se han conmovido contra ellos [= los vascongados] con título de castellanos, siendo aragoneses, valencianos, catalanes, portugueses, extremeños, manchegos, andaluces, flamencos, franceses, italianos y de todas las naciones del mundo que todos caben en esta triste villa”; Relación segunda [...], Potosí, 1 de marzo de 1624, AGI, Charcas 53. Y Arzáns de Orsúa y Vela (1976 [ca. 1700], I: 332) salomónicamente cuenta al respecto: “[...] acordaron de que todos se llamasen castellanos aunque eran de diferentes naciones”.

24 Acuerdo de Felipe Manrique, corregidor, Fernando de Loma Portocarrero y Diego de Ayala Carvajal, alcaldes ordinarios, Bartolomé Astete de Ulloa y José Sáez de Elorduy, jueces oficiales de la Real Hacienda, Potosí, 7 de septiembre de 1623, ANB, CACH 1623, n° 1265 (= VV 11), ff. 1r-4v.



imperial) y por el ascenso de un idioma oficial, el castellano. Pero sobre todo fue una reacción a la dinamizada movilidad de los hombres y a la diáspora de los vascos por todo el Imperio. En la emigración, la etnicidad adquiría un fuerte valor funcional. En el mundo rígidamente jerarquizado del Antiguo Régimen, los vascos podían instrumentalizar la limpieza de su sangre y su hidalguía en contra de posibles competidores (Caro Baroja 1972: 60; Azurmendi 2000: 17-85). Todavía más importante parece que la etnización los dotó de un instrumento para construir redes de solidaridad y clientelismo y conquistar poder mediante las relaciones de paisanaje. Pero como se ha observado, fue sólo fuera de la patria donde “es mucho de notar lo que se honran, aman y ayudan, y esto sin otra ni más conocencia, salvo de ser compatriotas de la lengua vascongada” (Poza 1959 [1587]: 44r). En su tierra de origen, donde todos eran vascos, tal relación era impracticable. Sus enemigos en Potosí resumían la situación aderezada con una mezcla de prejuicio, exageración y envidia:

[...] los vizcaínos son pocos, gente unida, y que se ayudan los unos a los otros así con sus personas, en sus pendencias como con sus haciendas en cualquier pleito que importe a cualquiera de su nación, tanto que parece sino que todos por uno y uno por todos tienen hecha conjuración y república de por sí. Por el contrario los castellanos han sido gente poco socorrida, desperdigada y que cada uno ha tirado por su parte, ateniendo el que tiene algo guardarlo.<sup>25</sup>

Los valores que alimentaban la solidaridad étnica, junto con las experiencias y las capacidades profesionales, formaron los recursos sociales que los vascos llevaron consigo a las diferentes partes del Imperio español y sobre los cuales basaron sus éxitos. Pronto hubo importantes colonias vascas en todos los centros del Imperio, desde Madrid, Sevilla y Cádiz hasta México, Lima y Potosí. Especialmente debe recalcar-se que había entre los vascos “una especie de burguesía burocrática” (Caro Baroja 1972: 57) y de esta forma desempeñaron un papel proporcionado en la vida pública de los territorios de la Corona de Castilla. Entre los escribanos, por ejemplo, que James Lockhart (1968: 276) ha identificado en el Perú del siglo XVI, casi el 14% eran vascos. En la Villa Imperial tanto el discurso de la particularidad de los vascos como las estrategias del paisanaje que empleaban estaban presentes

---

25 Relación, 23 de noviembre de 1623, AGI, Charcas 134, n° 18, f. 1v.

desde épocas muy tempranas.<sup>26</sup> Ya en los inicios de la explotación de las minas se distinguieron los hermanos vizcaínos Lope de Mendieta y Juan Ortiz de Zárate (Presta 2000: 139-194). En 1589, el grupo de los vascos se reunió en una cofradía, dedicada a la Señora de Aránzazu, con capilla en el convento de San Agustín,<sup>27</sup> y en 1613 un visitador identifica a los vascos como el segmento más prestigiado de la sociedad potosina.<sup>28</sup>

El éxito de un grupo minoritario sospechoso de estrategias étnicas, sin embargo, casi siempre provoca la hostilidad del resto de la población, que a la vez suele recurrir a argumentos étnicos. En el caso observado, este fenómeno se agravó probablemente por el hecho de que por su buena ubicación en la administración real siempre había vascongados que participaban en la represión de los tumultos y motines de los descontentos. De ahí nacían rencores, que el contador José Sáez de Elorduy creyó ver en el origen verdadero de los ataques de los vicuñas.<sup>29</sup> Es obvio que se trata aquí de una argumentación ideologizada, pues aunque el contador tenía razón en que la gente interpretaba así la situación, él mismo reproduce uno de los mitos de la identidad vasca temprana, aludiendo a la vieja presunción de los vascongados de ser los vasallos más fieles del rey (aunque nunca faltaban vascos entre los rebeldes y los amotinados). De todas formas, en Potosí se daba un contradiscurso que arremetía contra el paisanaje de los vascos, el cual era usado para legitimar los ataques de sus enemigos. Éstos actuaban, como le decía un castellano a su amigo bilbaíno en un tratado dialogizado de la época, “obligados de las muchas demasías que les veían cometer y de verlos tan señores de la tierra que los castellanos tan abatidos habían ganado en tiempos pasados”.<sup>30</sup> Por lo tanto, finalmente los vascos mismos tenían la culpa por el hostigamiento que sufrían,

---

26 Véase p.e.: Tratado breve de una disputa y diferencia que hubo entre dos amigos, el uno castellano de Burgos y el otro vascongado en la villa de Potosí, reino del Perú, Potosí, 1º de julio de 1624, BNM, Ms. 20134, 82 pp. (Se trata de una copia, al parecer, del siglo XIX). También: Acuerdo, Potosí, 22 de abril de 1599, ANB, CPLA 8, f. 196r.

27 Libro de la hermandad de Nuestra Señora de Aránzazu [...] desde primero de enero de 1655, f. 1r, AHP, Iglesias y Conventos 16.

28 Relación del visitador general fray Ambrosio Maldonado al virrey marqués de Montesclaros, s. l., 3 de agosto de 1613, BNM, Ms. 2010, f. 187r.

29 José Sáez de Elorduy al rey, Potosí, 12 de marzo de 1625, AGI, Charcas 36.

30 Tratado [...], Potosí, 1º de julio de 1624, BNM, Ms. 20134, p. 11.

pues, si “hubierades vosotros vivido en Potosí con la modestia y compostura que en España, y no os hubiera venido esta persecución”.<sup>31</sup>

No obstante las fuentes que hacen alusión al poder de los vascos en Potosí, hay que poner en duda su verdadero alcance. Los vascongados nunca fueron más que una minoría bastante pequeña, según el contador Elorduy, de entre 100 y 150 hombres, “incluyéndose [...] los cojos, mancos y de edad”, así que no había ni la masa suficiente para formar un bando como los vicuñas y menos para dominar una población que se estimaba en casi 4.000 “hombres de hábito español”.<sup>32</sup> En el Cabildo, según la mayoría de los observadores, la plataforma de influencia vasca, tenían un patente peso, pero de control no se puede hablar. Entre los alcaldes ordinarios de la época se encuentran tanto los vascongados como sus adversarios, y otros personajes de una afiliación nada clara. En 1617 fueron elegidos Sancho de Madariaga y Domingo de Verasátegui, en 1619, Martín de Bertendona, en 1620, Juan Bautista de Ormaeui, y en 1622, Martín de Zamudio, los cuales, al parecer, fueron vascos de origen. Pero en 1616 y 1621 figura Lázarro de Hernani, no obstante su apellido, adversario del grupo vascongado. En 1618, Pedro Andrade de Sotomayor y en 1624, Alonso de Santana, según *vox populi* favorecedores de los vicuñas.<sup>33</sup>

De todas formas, más poderosos que los alcaldes ordinarios parece que fueron los funcionarios de la Real Hacienda. Una vez que tenían el título real su posición estaba asegurada. Además, no les faltaban posibilidades para usar el capital que pasaba por sus manos para sus propios negocios.<sup>34</sup> Disponían de los medios económicos para influir en lo que pasaba en la ciudad según sus intereses, inclusive las elecciones de los alcaldes ordinarios, en las que, según costumbre, también tenían voto.<sup>35</sup> Asumían el papel de banqueros, prestando dinero del rey a los interesados y las condiciones las negociaban según el caso. Distribuían el azogue a los mineros al fiado, un magnífico ins-

---

31 *Ibid.*, p. 27. La misma argumentación se encuentra en muchos documentos, p.e.: Antonio de Castro del Castillo, juez vicario, al rey, Potosí, 16 de marzo de 1623. AGI, Charcas 53.

32 José Sáez de Elorduy al rey, Potosí, 12 de marzo de 1625, AGI, Charcas 36.

33 Sobre estas elecciones, véanse sobre todo los libros capitulares en ANB, CPLA.

34 El licenciado Luis Henríquez, fiscal de la Audiencia de Lima, al rey, Lima, 27 de abril de 1621, AGI, Lima 97.

35 Informe de Alonso Martínez Pastrana, Potosí, 8 de marzo de 1619, AGI, Charcas 36.

trumento para favorecer a unos o dañar a otros. A Juan Martínez de Mecalaeta se le imputó que daba grandes cantidades de azogue para la reventa, cuyo precio original nunca se pagó ni puntual ni completo. Se rumoreaba que con las ganancias hombres como Pedro de Verasátegui, Pedro de Urquiza, Juan de Duarte y Pedro de Ballesteros se compraron las plazas como regidores en el Cabildo, u otros como Gregorio de Lazarraga o Martín de Bertentona financiaban un lucrativo comercio de importación.<sup>36</sup> El visitador Martínez Pastrana denunció esta situación, y los oficiales reales, por lo tanto, no se cansaron en cuestionar el sentido de su visita.<sup>37</sup> La persona más influyente durante los eventos que aquí nos interesan fue probablemente el factor Bartolomé Astete de Ulloa,<sup>38</sup> que no era vasco. En total, entre los 14 funcionarios que hubo en la caja potosina entre 1612 y 1626 figuran sólo cuatro vascongados, el tesorero Esteban de Lartaun, de marzo de 1612 a junio de 1615, y los contadores Juan Martínez de Mecalaeta, de febrero 1612 a junio de 1615, Juan Bautista de Ormaeui, de abril de 1616 a marzo de 1619, y José Sáez de Elorduy, a partir de marzo de 1619, el único que estaba en función durante la guerra de los vicuñas.<sup>39</sup> Se percibe, por lo tanto, la presencia desproporcionada de los vascos también en esta esfera, pero de ninguna manera es patente una posición de predominio.

### 3. La lucha como conflicto social

La concurrencia de cantidad de vagabundos y soldados tenía en alerta a Potosí desde mucho antes de 1622. En 1594, por ejemplo, el Cabildo, alarmado por los robos y asesinatos casi cotidianos, propuso al corregidor que expulsara a los soldados de la ciudad.<sup>40</sup> Como “por la mayor parte” eran “enemigos de la gente rica” (*Descripción* 1958 [1615/20]: 69), constituían un potencial socialmente explosivo. La

36 Relación, 23 de noviembre de 1623, AGI, Charcas 134, n° 18, ff. 6v-7r.

37 Los oficiales reales, Bartolomé Astete de Ulloa, José Sáez de Elorduy y Tomás de Horna Alvarado al rey, Potosí, 10 de marzo de 1619 y 20 de marzo de 1620, AGI, Charcas 36.

38 El corregidor Fernando de Saavedra Monsalve al rey, Potosí, 1 de marzo de 1630, AGI, Charcas 55.

39 Libro de acuerdos y diligencias tocantes a la Real Hacienda, 1614-1621, AHP, C. R. 153; Libro de acuerdos y diligencias [...] que empieza a dos de enero de este presente año de 1621, AHP, C. R. 193.

40 Acuerdo, Potosí, 26 de mayo de 1594, ANB, CPLA 7, ff. 287r-287v.

rebelión de Alonso Yáñez, aunque sofocada, sirvió “para demostrar la existencia, en los trasfondos sociales de Potosí, de un hondo anhelo de acabar con el gobierno de los acaudalados”, como escribe Alberto Crespo (<sup>3</sup>1975: 44), interpretando este evento como un auspicio de los acontecimientos venideros. De esta forma se podría interpretar que la guerra entre vicuñas y vascongados fue en el fondo un conflicto entre pobres y ricos, originado por la distribución desigual de la riqueza y agravada por las dificultades que estaba pasando la minería.

En el contexto de la incipiente crisis minera sería lógico que los primeros afectados fueran quienes no tenían los medios suficientes ni los contactos políticos para contrarrestar las dificultades. Por lo tanto, los soldados probablemente perdían cada vez más las posibilidades materiales, de antemano reducidas, de mantener su estatus. Había sido tradición asignarles una cuota de indios de mita, pero en 1618, por orden superior, el virrey príncipe de Esquilache la restringió a 200 hombres.<sup>41</sup> Argumentó que los soldados abusaban de la concesión de mitayos alquilándolos a quienes mejor pagaran. De tal manera, en contra de su intención original, un sistema creado para suministrar la industria minera con mano de obra constante y barata se convirtió en renta improductiva que aumentaba, además, los costos de producción para los que de veras producían plata. Se podría decir que el virrey, en vista de los problemas de productividad, obró conforme a una clara lógica económica apostándole a las entidades de producción sólidas. Pero podría sospecharse también de una actitud parcial en favor de los ricos de la zona (los cuales, como se sabe, participaban plenamente en el alquiler prohibido de los indios). Tales medidas deben haber reforzado rencores ya existentes y no se quedaron sin respuesta. En 1625, en una larga relación sobre la mita de Potosí, se recomendaba dar más mitayos a los soldados, pues “son muy importantes en el [cerro] y los que han descubierto y descubren cada día nuevas labores ricas”.<sup>42</sup> Las animadversiones se entienden aún mejor considerando la denuncia levantada contra los acaudalados de Potosí de haberse apoderado, con el apoyo de la justicia, de las minas opulentas que habían descubierto y empezado a trabajar gentes carentes de medios para resistir la expo-

---

41 El príncipe de Esquilache al rey, Lima, 27 de marzo de 1619, AGI, Lima 38: Libro de las 69 cartas que el príncipe de Esquilache envía a Su Majestad, 1619, f. 78r.

42 Relación de Pedro de Saravia, Potosí, 1 de julio de 1625, AGI, Charcas 53.

liación.<sup>43</sup> Cuando más tarde se les volvieron a repartir a los soldados 500 mitayos, en contra de la expresa prohibición aún vigente de no darles más de 200, quizás se trató de una reacción a los disturbios de los años veinte.<sup>44</sup> Pero en 1642 los soldados acuchillaron a un diputado de los azogueros y de nuevo el conflicto se centraba en la cuestión de la distribución de la mano de obra indígena.<sup>45</sup>

Los vicuñas, identificados por un documento provasco con la gente ruin que se había reunido en Potosí,<sup>46</sup> en su mayoría se reclutaban entre los soldados, sobre todo después de que sus promotores en las capas acomodadas de la sociedad empezaron a retirarse de la lucha, convertida en asunto demasiado arriesgado a raíz del ataque a la casa del corregidor Manrique en septiembre de 1623. Obviamente los vicuñas eran gente pobre. Pedro de Gallegos sólo poseía sus armas y ropas gastadas, cuando se le quitó la vida en enero de 1628.<sup>47</sup> Y también el legado de Luis de Barja, a quien se calificó como el único vicuña que “tenía hacienda de consideración”,<sup>48</sup> era modesto comparándolo con lo que dejó un hombre como Pedro de Verasátegui.<sup>49</sup>

Sobre el capitán Luis Antonio de Valdivieso poseemos más detalles. Era andaluz según Arzáns, extremeño según Crespo, y en 1604 su hermano declaraba ser natural de Valladolid.<sup>50</sup> En 1603, se fue a Nueva España, junto con su mujer, como uno de los setenta criados del virrey marqués de Montesclaros.<sup>51</sup> Probablemente siguió a su patrón a Perú en 1607, y gracias a sus relaciones no le faltaron posibilidades para emprender un carrera más prometedora. Así, en 1616 se encon-

43 Relación, 23 de noviembre de 1623, AGI, Charcas 134, n° 18.

44 Testimonio del presidente Juan de Lizarazu, Potosí, 22 de marzo de 1636, AGI, Charcas 113.

45 Antonio de Verasátegui y Pedro de Ballesteros a la Real Audiencia, Potosí, 10 de diciembre de 1642, ANB, Minas 125, n° 1108, f. 149r.

46 Relación segunda [...], Potosí, 1 de marzo de 1624, AGI, Charcas 53.

47 Inventario de los bienes de Pedro Gallegos, asiento de Tiquiripaya, 23 de febrero de 1628, ANB, VV 92, ff. 4v-5r.

48 José Sáez de Elorduy al rey, Potosí, 12 de marzo de 1625, AGI, Charcas 36.

49 Poder para testar de Luis de Barja Otalora, Potosí, 18 de enero de 1625, AHP, E. N. 61B, f. 2008r-2011v; Testamento de Pedro de Verasátegui, La Plata, 22 de diciembre de 1624, ANB, E.P. 88, ff. 1282r-1286v.

50 Petición de Antonio de Valdivieso, 1604, AGI, Indif. 2071, n° 54; Arzáns de Orsúa y Vela (1976 [ca. 1700], I: 313); Crespo R. (1975: 66).

51 Licencia de pasar a la Nueva España para el marqués de Montesclaros, AGI, Contr. 5273, n° 3.

traba como alcalde de minas en Oruro, pero ya entonces parece haber manifestado su carácter conflictivo y violento.<sup>52</sup> En 1618 se encontraba encarcelado por haber intentado acuchillar a dos clérigos en el cementerio de la ciudad de la Plata.<sup>53</sup> En Potosí intentó suerte en la minería y quiso conseguir un nuevo empleo de gobierno.<sup>54</sup> Referido a veces como el jefe de los vicuñas, el 10 de mayo de 1625 se le dio garrote. En su testamento hizo relación de casi nada, salvo sus muchas deudas, de una esposa abandonada en la Nueva España, de un hijo natural en el Callao y de una hija de paternidad dudosa en Oruro, para terminar diciendo: “Porque yo muero tan pobre que no tengo con que me enterrar, pido y suplico al convento de mi padre san Agustín me entierre de limosna por amor de Dios”,<sup>55</sup> lo que parece una ironía, puesto que el convento de los agustinos con la capilla de la virgen de Aránzazu era también el lugar preferido de entierro de los vascongados.

Los vicuñas, étnicamente un grupo amorfo, eran en su mayoría españoles pobres, aunque reivindicaran con énfasis un rango social elevado. Como consecuencia de los trastornos de la conquista y las guerras civiles se había dado un profundo desajuste entre la estratificación económica y la estratificación ideológica y discursiva de la sociedad española en los Andes o, en otras palabras, entre el *status* real y el *habitus*.<sup>56</sup> Como la crisis del feudalismo en los siglos XIV y XV produjo una clase de caballeros que festejaban sus ideales tradicionales condenados a la muerte —o ya muertos— como Don Quijote o, empobrecidos, se convirtieron en asaltantes de caminos, así los vicuñas, sin los medios materiales correspondientes a sus pretensiones sociales, se lanzaban contra los más afortunados, resaltando cualidades discursivas y simbólicas, tales como su descendencia de los conquistadores españoles, su honor o su recelo a someterse a la nueva autoridad real de roce absolutista. Al legitimarse con un discurso de este tipo también tuvieron que legitimar su lucha con argumentos análogos. Por lo tanto

---

52 ANB, CACH 1616, n° 1215<sup>a</sup>, y ANB, CACH 1617, n° 1222.

53 Declaración, de Diego de Zárate, La Plata, 11 de agosto de 1618, ANB, ExACH 1618, n° 7.

54 AHP, E.N. 53, ff. 2648r-2650r, 54, ff. 929r-930v, y 56, ff. 95v-97r.

55 Testamento de Luis Antonio Valdivieso, Potosí, 21 de enero de 1625, AHP, E. N. 61B, ff.2078r-2081v.

56 Compárese Presta (2000: 251-252).

los vicuñas no luchaban por plata o por el acceso al trabajo forzoso de los indígenas, sino que luchaban por un derecho mítico del que fueron privados por otro grupo igualmente mítico, es decir, los vascos, al que se constituye con adscripciones tales como la falta de valores guerreros o la función de siervos del rey.<sup>57</sup> De esta forma enfrentaban los valores de la nobleza castellana, basada en los méritos, sobre todo en los méritos guerreros, con el de la hidalguía vasca basada en primer lugar en la limpieza de sangre, la cual no pudo ser dañada por ocupaciones viles, pero importantes para triunfar en el campo de los negocios (Martínez de Isasti 1972 [1625]: 47).

Así, los vicuñas eran pobres y los ricos, como se llegó a decir, eran vascos. Obviamente los vicuñas etnizaron sus pretensiones. Dirigían su ataque contra los vascongados, pero también contra los funcionarios reales supuestamente comprados por ellos. Se acusó a tres corregidores sucesivos, Rafael Ortiz de Sotomayor, Francisco Sarmiento de Sotomayor y Felipe Manrique, de haber favorecido a los vascos.<sup>58</sup> Hay que anotar que ninguno de ellos era vasco, sino castellano, al parecer, el primero, gallego el segundo y andaluz el tercero (Lohmann Villena 1947, I: 245-246, 394). Pero para los vicuñas, todos, fueran vascos o no, eran traidores del derecho y sus enemigos. Según su modo de ver las cosas, “como los corregidores vienen con tan gran ansia de buscar plata, arrímanse a la parte de donde hallan más comodidad”,<sup>59</sup> esto es, al grupo vascongado dominante. De los corregidores, por lo tanto, no se podía esperar que intentasen corregir las estructuras de poder injustas que habían construido los vascos, sino al contrario, que las fortalecieran para su provecho propio, y el resultado fue una administración de justicia extremadamente desequilibrada.<sup>60</sup>

Parece, por lo tanto, que estamos ante un conflicto político-social que se desarrolla con un frente étnico. “[...] los extremeños ganaron el Perú”, dice una relación económica, “y los vizcaínos son ahora la gente más rica del Perú y los que tienen mejores cargos del rey” (*Descripción* 1958 [1615/20]: 73-74). En realidad, fue un grupo de mineros

---

57 Por ejemplo: Tratado [...], Potosí, 1º de julio de 1624, BNM, Ms. 20134, p. 11.

58 Relación, 23 de noviembre de 1623, AGI, Charcas 134, nº 18, f. 1v; Tratado [...], Potosí, 1º de julio de 1624, BNM, Ms. 20134, pp. 4-5.

59 Relación, 23 de noviembre de 1623, AGI, Charcas 134, nº 18, f. 2r-3v.

60 *Ibid.*, f. 1r.



privilegiado al parecer por su riqueza, por su acceso a la mano de obra indígena y por sus intrigas políticas el que fue objeto del odio de los vicuñas. Este grupo se identificó con los vascos, aunque el terminó implicó una extensión a personas de otro origen.

#### 4. La lucha como pelea entre grupos de poder

Hubo voces que afirmaban que los soldados vicuñas eran sólo instrumentos en manos de ciertos miembros de la élite, utilizados contra competidores de la misma clase. Las fuentes no ocultan los nombres de estos “vicuñas gordos”,<sup>61</sup> entre los que se señala, por ejemplo, a Pedro Sayago, a Pedro de Andrade y Sotomayor o a Juan de Cabrera Girón. Las fuentes también suelen identificar las fracciones opuestas con los términos étnicos referidos. Hay, sin embargo, varios testimonios que relativizan el carácter étnico de la pelea. Afirman que las denominaciones de castellanos y vizcaínos provenían de dos zonas de ingenios mineros cuyos propietarios vivían en competencia, aunque ni de un lado fueran todos castellanos ni del otro todos vizcaínos.<sup>62</sup> De esta forma, el conflicto de clases resultaría ser una pelea por el poder entre facciones de una misma clase, en muchos aspectos muy unidas entre sí. Todos estaban vinculados a la industria minera y a veces participaban en las mismas cofradías. Así por ejemplo, el “gordo” Pedro Andrade de Sotomayor y el “vascongado” Pedro de Ballesteros (que probablemente no era vasco) figuran como diputados de la Cofradía del Santísimo Sacramento.<sup>63</sup>

Las rivalidades dentro de la élite se daban en el marco de la crisis minera. Siempre se ha insinuado que la guerra entre vascongados y vicuñas estalló como una lucha por el poder en el Cabildo, descrita en todo detalle por Alberto Crespo (<sup>3</sup>1975). Ya en 1617 el virrey príncipe de Esquilache, preocupado “de los bandos que estaban tablados en Potosí entre castellanos y vizcaínos”, había anulado la elección de dos

61 “[...] démosles este nombre de gordos a los ricos que han concitado la plebe y gente perdida a estos alborotos [...] estos ricos (que llaman vicuñas gordos) han repartido dineros y armas”; Relación segunda [...], Potosí, 1 de marzo de 1624, AGI, Charcas 53.

62 *Ibid.*; Copia de carta del factor y del tesorero Bartolomé Astete de Ulloa y Tomás de Horna Alvarado, Potosí, 23 de marzo de 1624, AGI, Lima 40, libro 4, f. 94v.

63 Información de Pedro de Andrade y Sotomayor, Pedro de Ballesteros y Luis de Ribera, Potosí, 19 de abril de 1618, ANB, CPLA 16, f. 21-22r.

vizcaínos como alcaldes ordinarios, para guardar el equilibrio político.<sup>64</sup> Aunque el príncipe podía notificar su actitud enérgica a Madrid, en Potosí la repetición de la elección no cambió nada y los dos vizcaínos permanecieron en sus funciones.<sup>65</sup> Estos conflictos se agudizaron a causa de la intervención del visitador Martínez Pastrana.<sup>66</sup> El visitador se empeñó en el pago puntual de los impuestos y gravámenes estatales, por ejemplo en el ramo de la venta de oficios o en el de la distribución del mercurio a los azogueros potosinos por el estanco real. El azogue se entregaba a los mineros como avance de la producción futura, pero el débito resultante con frecuencia nunca se saldaba completamente. De tal suerte, con el transcurso de los años, se habían acumulado inmensas sumas de deudas por parte del empresariado.<sup>67</sup> Martínez Pastrana, buscando el modo de cobrar a los vecinos lo que se le estaban debiendo al rey, exigía que en el futuro el ramo de azogues no concediera más créditos a los interesados, con lo cual amenazaba la minería en sus fundamentos. Como nadie quería obstaculizar el flujo de la plata, resultó imposible poner en práctica tal propuesta, aunque a veces estuvo a punto de imponerse.

Así, Martínez Pastrana concentró sus esfuerzos en forzar a las élites a cumplir con sus deudas a través de un ataque a su posición política. Apoyado en las leyes, intentó privar a todos los que tuvieran deudas con la Corona del derecho al voto activo y pasivo en las elecciones que cada enero los regidores celebraban para elegir a los dos alcaldes ordinarios. La mayoría de los regidores ni siquiera habían pagado el precio de su empleo, además eran mineros y debían al ramo de azogues.<sup>68</sup> En una pugna tenaz con el Cabildo, que le negaba competencia para intervenir en sus asuntos, el visitador incluso destituyó a algunos de los regidores endeudados, sacó sus plazas a la venta pública e impuso en sus cargos a los compradores.<sup>69</sup> Finalmente el visitador

---

64 El príncipe de Esquilache al rey, Lima 6 de abril de 1617, AGI, Lima 36.

65 Relación, 23 de noviembre de 1623, AGI, Charcas 134, n° 18, f. 2r.

66 Virrey marqués de Guadalcázar al rey, Lima, 15 de diciembre de 1622, AGI, Lima 39, libro 1, ff. 96v-98r. Relación segunda [...], Potosí, 1 de marzo de 1624, AGI, Charcas 53.

67 Relación de Alonso Martínez Pastrana de las deudas que se deben a Su Majestad en la real caja de Potosí hasta el 7 de marzo de 1619, AGI, Charcas 36.

68 Véase por ejemplo: Relación del Alonso Martínez de Pastrana de lo que deben algunos capitulares, Potosí, 1 de junio de 1621, AGI, Charcas 36.

69 Por ejemplo: ANB, CPLA 16, ff. 86r-95r, 156r-160v, 184r-190v, 284r-293v.

consiguió el respaldo de la Corona y de la Audiencia de Charcas y el Cabildo tuvo que someterse, aunque se consiguió que se exceptuasen los azogueros que debían el azogue.<sup>70</sup> La consecuencia fue una elección muy conflictiva, de la cual quedaron excluidos gran parte de los capitulares. Salieron elegidos Martín de Zamudio y Diego de Villegas,<sup>71</sup> resultado que fue considerado como victoria del grupo vascongado. El factor de la Real Hacienda, Bartolomé Astete de Ulloa, sospechó en toda la elección el manipuleo de un grupo de hombres “banderizados” alrededor del corregidor Francisco Sarmiento, “persona poco capaz para la administración de este oficio por la total postración suya a hombres sediciosos y alborotadores, con nombre de bandos de vizcaínos”, a cuya cabeza identificó a los hermanos Verasátegui y a Pedro de Ballesteros.<sup>72</sup> Tales informes llevaron a Alberto Crespo (1975: 83-88) a interpretar la elección capitular de 1622 como una toma del poder por parte de los vascos, la cual provocaría la reacción violenta que iba a ser la guerra de los vicuñas. Esto, sin embargo, no parece nada claro. De la elección habían quedado excluidos tanto vascos como no vascos, y todo el mundo interpretaba la actuación de Martínez Pastrana como hostilidad contra los vascongados, aunque otros denunciaban que le había servido a aquéllos para aumentar su poder, pervirtiendo los esfuerzos del visitador.<sup>73</sup>

Los rumores contra los promotores de los vicuñas desafortunadamente nunca se esclarecieron. En la Audiencia de Charcas desde el principio hubo voces que recomendaron mucha cautela en las investigaciones al respecto. Tal posición era sostenida, por ejemplo, por el oidor Diego Muñoz de Cuéllar, que el 17 de septiembre de 1623 escribió desde Potosí:

[...] están muchos de los hacendados de esta villa con grandes recelos de que no se descubra el fondo de este negocio [...]; siento que se podía tomar medio disimulando todo lo que toca a vecinos hacendados y de mejor reputación y procediendo sutilísimamente contra esta gente per-

70 Alonso Martínez Pastrana al rey, Potosí, 15 del enero de 1622, AGI, Charcas, 32, n° 99.

71 Testimonio de la elección de alcaldes ordinarios que hizo el Cabildo de Potosí, 1 de enero de 1622, AGI, Charcas 32, n° 97, ff. 1r-9v.

72 Bartolomé Astete de Ulloa al rey, Potosí, 10 de enero de 1622, AGI, Charcas 32, n° 98a.

73 Carta a la provincia de Guipúzcoa, La Plata, marzo de 1623, AGG, JD, IT 4063,5.

dida perturbadora de este y otros delitos, no preguntándoles ni apuntándoles para que descubran cómplices y ayudadores, que es lo que he dicho se recelan [...]; considerando los hechos [...], se puede temer y se recela por muchos no den alguna desesperación.<sup>74</sup>

Esta política se aplicó en lo venidero. En 1625, la Audiencia de Charcas decidió castigar a los directamente involucrados en las matanzas más sonadas sin interrogatorio previo y renunciar por lo demás a cualquier intento de aclarar el trasfondo de la guerra civil potosina, para demostrar fuerza sin inquietar al vecindario.<sup>75</sup> Esta solución fue factible por el estado de ánimo en Potosí. Frente a la amenaza de una dura reacción por parte de la Corona, pero con la perspectiva de salir indemne de la guerra civil si actuaban con prudencia, los ricos cerraron filas. Pedro Sayago, uno de los llamados “vicuñas gordos”, ofreció su colaboración a las autoridades a cambio del perdón para él y otras tres personas.<sup>76</sup> Alonso de Santana, supuestamente uno de los cabecillas de los vicuñas, siendo en 1625 alcalde ordinario, al parecer no hizo nada para defender a sus compañeros, ni siquiera para salvar a su cuñado Luis de Barja de la ejecución. Para conseguir el nombramiento como alguacil mayor de la ciudad de la Plata, el prestigiado vasco Sancho de Madariaga se servía de Juan de Cabrera Girón, sobrino del visitador Alonso Martínez Pastrana y denunciado como uno de los instigadores más radicales de los tumultos, el cual, mientras tanto, había obtenido la plaza de escribano de la Audiencia.<sup>77</sup> Así se estableció poco a poco la paz mediante un compromiso que implicaba no tocar a los “gordos” y sacrificar a los soldados que luchaban en las calles por ilusiones de revertir la historia.

En todo esto queda definitivamente en duda el afirmado dominio de los vascos sobre Potosí, aun cuando como grupo ejercían una fuerte influencia en la ciudad. Lo que existía eran grupos de poder que en alianza con representantes de la Corona perseguían sus intereses particulares. Podemos dar algunos indicios. Cuando, por ejemplo, el corre-

74 Diego Muñoz de Cuéllar al presidente Diego de Portugal, Potosí, 17 de septiembre de 1623, ANB, CACH 1623, n° 1267 (= VV 15).

75 Acuerdo, La Plata, 15 de enero de 1625, ANB, AChLA, 7, ff. 64r-68r (= VV 75).

76 Acuerdo extraordinario, La Plata, 7 de enero de 1625, ANB, AChLA, 7, ff. 60v-63r (= VV 76).

77 Carta de Diego Muñoz de Cuéllar, Potosí, 22 de septiembre de 1623, ANB, CACH 1623, n° 1283 (= VV 19); Poder otorgado por Sancho de Madariaga, Potosí, 13 de febrero de 1626, AHP, E.N. 62, ff. 380r-381v.

gidor Rafael Ortiz de Sotomayor, que había favorecido siempre los intereses empresariales, dejó su empleo en 1618 e iba a ser sometido a un juicio de residencia, fueron Domingo de Verasátegui y Pedro de Ballesteros, azogueros y regidores, siendo vasco el primero y no el segundo, los que solicitaron al Cabildo respaldarle en todo lo que se ofreciera,<sup>78</sup> personajes que más tarde fueron mencionados por el factor Bartolomé Astete de Ulloa como responsables de los ataques que los vascos tenían que soportar. Domingo de Verasátegui murió imprevisiblemente en agosto de 1622, y para escándalo de muchos, su viuda, Clara Bravo de Cartagena, se casó con el saliente corregidor Felipe Manrique, el 20 de febrero de 1624, al día siguiente de la investidura de su sucesor (Crespo R. <sup>3</sup>1975: 194-195). De esta forma se eludió la prohibición vigente de que los funcionarios del rey se casaran en los distritos de su administración. Una vez más se repetía la típica actitud de las autoridades superiores que estaban bien conscientes de la problemática de tales enredos, pero como dijo el virrey marqués de Guadalcázar: “[...] ahora no es tiempo de apurar culpas de ministros de justicia, sino de poner en buen lugar su reputación y quietarla”. Así, el virrey sacó a Manrique de Potosí para darle el corregimiento de Cuzco, y ordenó a la Audiencia “que hasta que pasase un año no se le tomase residencia ni se tratase de admitir ningunas querellas ni capítulos contra él”.<sup>79</sup> Pasado el año, tampoco pasó nada.

El peso que tenía el paisanaje en la constitución de estas redes es muy difícil de desentrañar. La afiliación de gran parte tanto de los alcaldes como de los funcionarios nunca es del todo transparente. Fernando de Loma Portocarrero, por ejemplo, el alcalde ordinario en 1623, había ocupado una serie de diferentes oficios públicos desde 1591 y después de una larga estadía en Potosí en 1626 se fue con un nuevo empleo al distrito de la Audiencia de Quito. Fue natural de Toro y gallego, como el vicuña Pedro Andrade de Sotomayor, pero su cercanía a los vascos de Potosí se puede deducir de que al ocupar el oficio de corregidor de la villa de Oropesa, en el valle de Cochabamba, figuraran como sus fiadores Pedro de Verasátegui, Juan de Ugarte,

---

78 Acuerdo, Potosí, 29 de noviembre de 1617, ANB, CPLA, 15, ff. 386v-387v.

79 El marqués de Guadalcázar al rey, Lima, 30 de abril de 1624, AGI, Lima 40, libro 4, ff. 5r-5v.

Martín de Bertendona y Martín de Ormache.<sup>80</sup> Un ejemplo más: Manuel de Guevara, prominente minero, alcalde ordinario de 1624 y figura clave en la liquidación de los vicuñas a partir de este año, era originario de Segovia y no suele ser identificado como vascongado. Pero sus padres, Juan Pérez de Junguito y María Núñez de Nanclares, habían sido vecinos del lugar de Azua de la hermandad de Gamboa en Álava, y salta a la vista que el apellido de su padre figura en la familia, también alavesa, de los Verasátegui. Importante parece ser que ya en el “cabildo abierto” organizado por el oidor Diego Muñoz de Cuéllar, el 7 de noviembre de 1623, Guevara figuraba como uno de los dos “diputados de la congregación de los azogueros”. El hecho de ser elegido alcalde ordinario precisamente él poco después con el encargo de la represión definitiva de los vicuñas se puede tomar como manobra de los vizcaínos, pero igualmente como expresión de la voluntad de la industria minera de establecer el orden.<sup>81</sup>

## 5. Consideraciones finales

En la guerra de los vicuñas intervinieron las fuerzas y los motivos más diversos, producto de una situación embrollada que caracterizó al espacio andino de la época. La etnización extendida de los conflictos sociales y de los discursos tiene uno de sus orígenes en este enredo. Los protagonistas recurrían a las categorías étnicas, sin duda simplistas, aunque promovidas por las estrategias usadas por algunos grupos, para orientarse tanto en sus acciones como en sus emociones, en un mundo que se escapaba a su comprensión y que había dejado a mu-

80 Certificación de Alonso Maldonado de Torres, presidente de Charcas, La Plata, 9 de octubre de 1609, AGI, Charcas 91, n° 1/1, ff. 80r-80v; Título de corregidor de Latacunga, Lima, 26 de noviembre de 1625, y Certificación del escribano Diego Suárez de Figueroa, Quito, enero 1626, AGI, Charcas 91, n° 1/1, ff. 116v-120r; AGI, Pasajeros, L. 7, E. 938; Lohmann Villena, Guillermo (1947, I: 237-238).

81 Información hecha de oficio en el *[sic]* Audiencia Real de la Plata de los servicios que ha hecho a Su Majestad el capitán Manuel de Guevara, AGI, Charcas 88, n° 6; Proposición de sujetos para la alcaldía mayor de minas del cerro de Potosí, Madrid, 10 de enero de 1622, AGI, Charcas 2, r. 2, n° 34; Testimonio de autos, Potosí, 7 de noviembre de 1623, ANB, CACH 1623, n° 1293 (= VV 46); Muñoz de Cuéllar a la Audiencia, Potosí, 7 de noviembre de 1623, ANB, CACH 1623, núm 1296<sup>b</sup> (= VV 47). Compárese: Testamento de Pedro de Verasátegui, La Plata, 22 de diciembre de 1624, ANB, E. P. 88, ff. 1282r-1286v.

chos con una profunda amargura por sus frustradas ilusiones. Pero cabe recordar que el representante más famoso de tal resentimiento, similar al ostentado por los vicuñas, fue el guipuzcoano Lope de Aguirre, lo que demuestra la fragilidad de toda adscripción étnica a los conflictos que se daban entre los españoles que habitaban los Andes coloniales. El antagonismo con los vascos tampoco era el único fenómeno de tal etnización y tampoco el más duradero. Con frecuencia –y también en Potosí, en un momento del conflicto– estallaba la agresión contra los portugueses.<sup>82</sup> Al mismo tiempo se desarrolló la conciencia criolla en la América hispánica (Lavallé 1993), la cual reivindicaba derechos no muy diferentes a los demandados por los vicuñas, aunque éstos fueran peninsulares.

Lo que puede verse con alguna claridad es que la lucha contra los vascongados de Potosí se dividía en dos fases. Empezó como una pelea entre grupos de poder que habían formado redes mediante lazos –verticales y horizontales– de interés, de amistad, de parentesco y de paisanaje, pero adoptando un punto de vista funcional, cada integrante recurría a las relaciones que en el momento dado le parecían más adecuadas, lo que significa que la pertenencia étnica pudo con frecuencia pasar a un segundo plano u olvidarse del todo (Wallman 1983: 69), si no existe un discurso etnicista que la resalte insistentemente porque explica todo en sus términos. Más adelante, el conflicto se convirtió en una lucha de los españoles desprivilegiados contra los ricos, sin que por esto se perdiera el discurso étnico. En 1625, Bartolomé Astete de Ulloa resumía los eventos: “[...] los alborotos e inquietudes que ha habido en esta villa de tres años a esta parte, causados en su principio entre naciones y después por soldados sueltos forajidos salteadores”.<sup>83</sup>

Tal juicio ilustra también cómo esta transformación llevó a la progresiva criminalización del movimiento antivasco, o tal vez sea más correcto decir, a la recriminalización. Los grupos de soldados, muchas veces denominados étnicamente, habían sido descritos con anterioridad como bandos “que por juegos, mujeres y otras ocasiones han hecho hartos daños e insolencias. Salen a veces a matarse en cuadrillas

---

82 Por ejemplo: Tratado [...], Potosí, 1º de julio de 1624, BNM, Ms. 20134, p. 29.

83 Certificación de Bartolomé Astete de Ulloa, Potosí, 1 de octubre de 1625, AGI, Charcas 54.

y se hacen mil traiciones”.<sup>84</sup> En cierto momento, de repente, se entienden las razones de su pasión y se les agracia comparándolos con “ciertas cuadrillas de mancebos a manera de los bandos de los estudiantes de Salamanca”.<sup>85</sup> Pero finalmente en el discurso de las élites predominó la denominación de “forajidos”,<sup>86</sup> y los describe “con monteras de rebozo, pistolas y arcabuces como bandoleros de Cataluña”.<sup>87</sup> Ciertamente, los soldados vicuñas tenían algo de bandidos sociales, con todas las implicaciones que ha puesto de relieve Eric Hobsbawm (1969). No luchaban precisamente por los pobres, a los que maltrataban sin muchos recelos, mas luchaban contra los poderosos, identificados en el prejuicio público con los vascongados. Hoy en día se les llamaría terroristas, sin duda.

Aunque el movimiento de los vicuñas se puede ubicar en la tradición de las guerras civiles peruanas iniciada en la conquista misma, pone de manifiesto que las épocas estaban cambiando o ya habían cambiado. “[...] si bien se considera que el siglo XVII fue testigo de la consolidación del sistema colonial, lo fue sólo en el hecho de que las rebeliones armadas dieron paso a las prácticas corruptas”, dice Ana María Lorandi (2002: 153). Esto fue posible a raíz del acuerdo tácito entre las élites establecidas, por un lado, y las autoridades reales, por el otro, un acuerdo negociado y puesto en práctica mediante la corrupción. En el Perú de las primeras décadas del siglo XVII se llegó a establecer una identificación estrecha entre vascos, nepotismo siniestro y riqueza no merecida, mientras que los vicuñas pertenecían al pasado violento de los soldados. Aunque su agresión no se dirigió directamente contra la autoridad real, sino contra los círculos corruptos de los nuevos ricos que habían comprado la alianza con el magistrado, todo ataque al sistema significaba también un ataque al rey conforme, aunque fuera de mala gana, con este arreglo. Este sistema se mostró cada vez más reacto a las denuncias y los intentos de cambiarlo por vía legal. Forzosamente el descontento llegó a la exasperación y tuvo que encontrar una válvula de escape, pero quien caía en la trampa de

---

84 Historia de huérfano, por Andrés de León, s.f. [1621], RAH, Col. Muñoz 9/4807, f. 197r.

85 Relación, 23 de noviembre de 1623, AGI, Charcas 134, n° 18, f. 1r.

86 Acuerdo, Ciudad de la Plata, 4 de mayo de 1623, ANB, AChLA 7, ff. 1r-4r (= VV 2, S. 1-6).

87 Jorge Manrique de Lara al rey, La Plata, 10 de marzo de 1624, AGI, Charcas 53.



la violencia sólo cavaba su propia tumba, porque la alianza entre Estado y élites locales no vacilaron en remediar la situación mediante la horca.

### Bibliografía

- Arzáns de Orsúa y Vela, Bartolomé (1976): *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, ed. por Lewis Hanke y Gunnar Mendoza. 3 vols., Providence: Brown University Press (escrito hacia 1700).
- Azurmendi, Mikel (2000): *Y se limpie aquella tierra. Limpieza étnica y de sangre en el País Vasco (siglos XVI-XVIII)*. Madrid: Taurus.
- Bakewell, Peter (1975): "Registered Silver Production in the Potosí District, 1550-1735". En: *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, 12, pp. 67-103.
- (1984): *Miners of the Red Mountain. Indian Labor in Potosí, 1545-1650*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- (1988): *Silver and Entrepreneurship in Seventeenth-Century Potosí. The Life and Times of Antonio López de Quiroga*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Caro Baroja, Julio (1972): *Los vascos y la historia a través de Garibay (ensayo de biografía antropológica)*. San Sebastián: Editorial Txertoa.
- Cole, Jeffrey A. (1985): *The Potosí Mita, 1573-1700. Compulsory Indian Labor in the Andes*. Stanford: Stanford University Press.
- Crespo R., Alberto (<sup>3</sup>1975): *La guerra entre vicuñas y vascongados (Potosí, 1622-1625)*. La Paz: Librería Editorial Juventud.
- Descripción (1958): *Descripción del virreinato del Perú. Crónica inédita de comienzos del siglo XVII*, ed. por Boleslao Lewin. Rosario: Universidad Nacional del Litoral (escrita aproximadamente entre 1615 y 1620).
- Fried, Charles (ed.) (1983): *Minorities: Community and Identity*. Berlin et al.: Springer-Verlag.
- González Casanovas (2000): *Las dudas de la Corona. La política de repartimientos para la minería de Potosí (1680-1732)*. Madrid: CSIC.
- Guaman Poma de Ayala, Felipe (1987): *Nueva crónica y buen gobierno [El primer nueva corónica i buen gobierno]*, ed. por John V. Murra, Rolena Adorno y Jorge L. Urioste. 3 vols., Madrid: Historia 16 (escrito alrededor de 1615).
- Hausberger, Bernd (en prensa): "La guerra de los vicuñas contra los vascongados en Potosí y la etnización de los vascos a principios de la Edad Moderna". En: Lange, Frédérique/Büschgens, Christian (eds.): *Excluír para ser. Configuraciones identitarias en la América ibérica (siglos XVI-XIX)*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert.
- Helmer, Marie (1960): "Luchas entre vascongados y 'vicuñas' en Potosí". En: *Revista de Indias*, 20, pp. 185-195.
- Hobsbawm, Eric J. (1969): *Bandits*. London: Weidenfeld and Nicholson.

- Lavallé, Bernard (1993): *Las promesas ambiguas. Ensayos sobre el criollismo colonial en los Andes*. Lima: Instituto Riva-Agüero/Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Lockhart, James (1968): *Spanish Peru, 1532-1560. A Colonial Society*. Madison: The University of Wisconsin Press.
- Lohmann Villena, Guillermo (1947): *Los americanos en las órdenes nobiliarias (1529-1900)*. 2 vols., Madrid: CSIC/Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo".
- Lorandi, Ana María (2002): *Ni ley, ni rey, ni hombre virtuoso. Guerra y sociedad en el virreinato del Perú. Siglos XVI y XVII*. Barcelona: Gedisa.
- Martínez de Isasti, Lope (1972): *Compendio historial de Guipúzcoa*. Bilbao: La Gran Enciclopedia Vasca (1ª ed. 1625).
- Mendoza L., Gunnar (1953/54): "Guerra civil entre vascongados y otras naciones de Potosí. Documentos del Archivo Nacional de Bolivia (1622-1641)". En: *Sur*, 2, pp. 117-186.
- Poza, Licenciado [Andrés de] (1959): *Antigua lengua de las Españas [De la antigua lengua, poblaciones, y comarcas de las Españas, en que de paso se tocan algunas cosas de la Cantabria]*. Madrid: Ediciones Minotauro (1ª ed. Bilbao 1587).
- Presta, Ana María (2000): *Encomienda, familia y negocios en Charcas colonial (Bolivia). Los encomenderos de la La Plata, 1550-1600*. Lima: IEP/Banco Central de Reserva del Perú.
- Ramírez del Águila, Pedro (1978): *Noticias políticas de Indias y relación descriptiva de la Ciudad de la Plata metrópoli de las provincias de los Chacras y nuevo reyno de Toledo, en las occidentales del gran imperio del Piru, [...] 1639*, transcripción de Jaime Urioste Arana. Sucre: División de Extensión Universitaria.
- Serrano Mangas, Fernando (1993): *Vascos y extremeños en el Nuevo Mundo durante el siglo XVII: un conflicto por el poder*. Mérida: Asamblea de Extremadura.
- Wallman, Sandra (1983): "Identity Options". En: Fried (ed.), pp. 69-78.
- Wolff, Inge (1970): *Regierung und Verwaltung der kolonialspanischen Städte in Hochperu 1538-1650*. Köln/Wien: Böhlau.